



Un león en el

...Hideous animal, get hence!
THE SPHINX

Valga de prólogo el doctor Standle-Zanchelli. Todo empezó, pues, en el Club Atlético, el miércoles, al fin de la tarde, minutos antes de que huyera del jardín Zoológico el león. El cuidador del vestuario, Daniel, estaba cansado: desde la mañana tuvo un día de trajín, con el club repleto. Protestaban los socios por el agua fría, bajada a cargar la caldera, se fugaban sin pagar la toalla o berreaban porque no estaba arriba para distribuir a cada uno su oblea de jabón rojizo. Ya caía la noche. De puro nervioso, el pobre Daniel andaba soplándose las manos, y de ganas de chupar un mate, tragaba. ¿Por qué la Melania lo cebaría liblo? Fallaba poco para el mejor momento: el de cerrar el vestuario e irse a la pieza. Apenas quedaban el doctor Standle-Zanchelli (el rezagado de siempre) y un socio que esa tarde no encontró pretexto para rehuir el temido partido del doctor. Este, en paños menores, atento al espejo, donde dividía el pelo en mitades iguales y onduladas, peroraba ante el público de dos: el mentado socio y Daniel. El primero asentía con tumbos de cabeza y movía los ojos, en vaivén de velocidad progresiva, entre el reloj de la pared del fondo y el horario de trenes de la pared inmediata. En cuanto a Daniel, sonreía con modestia, no entendía una palabra, sólo tenía fuerzas para esperar la partida de esos caballeros y echar la llave, correr a la plesita, pedir a Melania, si no era demasiado tarde, que le cebara unos mates, liblos desde luego, con la yerba del desayuno, si quería, pero, ¡tan deseados! Iria después, de una escapada, al Deportivo...

El acartonado doctor Standle-Zanchelli argumentaba: - Ustedes opinan que el medio natural del hombre es la civilización, pero yo pregunto: ¿no será el hombre una fiera inteligente que, predestinada al suicidio, inventó la civilización, camino tortuoso y largo por donde llegará al fin a devorarse a sí misma, como abyecta hiena despiadada? De miles de años a esta parte reprimimos nuestros instintos: la agresividad, la bestialidad, etcétera. Diríase, pues, que la civilización triunfó. No lo crean. Estallidos criminales por doquier, un niño delincuente por barba, psicoanalistas desatando en el prójimo un manojo de demonios, configuran otras tantas pruebas de que los instintos recuperan terreno, de que la marea de la civilización por último baja.

- Si yo no bajo ahora -armándose de coraje confesó el Otro Socio- van cinco trenes que pierdo, mientras usted explica el peligro de reprimir los impulsos.

- Un momento -pidió con dignidad el doctor-. Lo acompaño por la escalera. No le ofrezco un lugar en mi cómodo automóvil, porque lo dejé en casa. Cumplo mi plan Vida Sana, pedaleo en bicicleta Peugeot, me conservo ágil. ¡Hay Standle-Zanchelli para rato!

El pobre Daniel cerró el vestuario. Se precipitaron estruendosamente los tres hombres por la escalera, que resonó como tambor. Lorenzo, el gallego del bar, habitualmente cortés y aun servil, asomando la pelambre profrizó:

- No dejan oír la radio, bellacos, Chitón, ordeno.

- ¡El libro de quejas! -rugió Standle-Zanchelli.

- Usted no aburra con el libro de quejas -replicó el Otro Socio-. Al gallego lo desparramo de un moquete.

Daniel preguntó:

- ¿Por qué no se matan de una vez?

La niñera de los Retner, una madre para Orlandito (niño modelo), mientras los verdaderos padres recorrían el Caribe en el crucero del Caronia, blandiendo una botella de Hierroquina informó:

- El león huyó del Zoológico.

Entraron todos en el bar -parecía un salón desprendido de algún diminuto castillo tudor- donde el aparato de radio explicaba:

- Un automovilista no identificado lo vio cruzar imprudentemente la avenida e internarse en el bosque. Pronostican portavoces de círculos policiales que en este momento el león se extendería hasta el cerco del Club Atlético.

- ¡Viva la patria! -murmuró Orlandito.

- Habrá que cerrar el portón -apuntó el Otro Socio.

- El jefe de la policía montada promete una operación de limpieza -respondió Lorenzo.

La niñera aseguró:

- El intendente en persona ruega a las parejas y a la población estable que mantenga la calma.

El aparato de radio continuó:

- A las doce en punto de la noche concluirá la operación de limpieza y el peligro.

- Un león no altera mis planes -declaró Standle-Zanchelli-. ¡En bicicleta!

- De paso podría cerrar el portón -opinó el Otro Socio.

Standle-Zanchelli respondió con una carcajada ambigua, agitó la mano, partió.

- Voy a cerrarlo -aulló Orlandito, pero sólo se encaramó en el mostrador y derribó el tarro del almidón Rémy.

- Si no me empachara de lechón en Calamocha, ahora mismo lo meto en el horno -aseguró Lorenzo.

Daniel se fue a su cuarto. Diariamente, hacía el crepúsculo, una idéntica situación se repetía. Ni bien él abría la puerta, Melania, atareada en la cocinita, rodeada de tres niños harapientos y con el menor al cuello, sin volverse anunciaba: "¡Ya va". Sentado en la cama camera, esperando anhelosamente el mate, Daniel miraba a su mujer -flaca, desgreñada, con la ropa mal recogida-, meditaba sobre el callado trabajo de la desidia, meneaba la cabeza, con ternura murmuraba: "Es buena persona." Luego llegaban los mates fríos. Luego Melania sonreía tristemente y preguntaba: "¿Por qué no te vas a jugar un ludo con el gallego? Si andas alrededor mientras cocino, me da en los nervios". Diciéndose que averiguaría si el gallego jugaba al ludo (si no jugaba, le enseñaría cuanto antes), cruzaba al Deportivo, el club de enfrente, se agazapaba, penetraba en el cantero de las hortensias como en un bosque secreto. Al rato -un rato, largo, porque las mujeres son impuntuales, aun para el placer- oía un susurro, una agitación entre las hortensias y luego divisaba a Susana, "la señora del colega" del Club Deportivo, que venía a su encuentro. Muy pronto se decían "Adiós, mi amor" y cada uno, precavidamente, volvía a su casa.

Aquella tarde la situación varió. Cuando Daniel entreabrió la puerta, con un cacharro en cada mano lo enfrentó Melania, que gritó:

- No pidas mate, porque te desuello como chancho.

- ¿Así que hoy calentaste el agua? -preguntó Daniel-. Yo en tu lugar me pegaría un baño.

- ¿Huele mejor la Susana?

Nunca se hablaron tan brutalmente, pero a Daniel ese trato hoy le parecía natural. Por miedo del agua hirviente no acometió a Melania. Se echó en la camera. De espaldas, bostezando, ya descalzo, acarició los pies, anheló a la Susana, respiró entrecortadamente, empuñó el pie derecho, emprendió un vaivén de animal en jaula. Se imaginó a él mismo agazapado, corriendo en pies y manos entre las hortensias. Después echado, a la espera; se representó luego, a lo lejos, la cabeza frisada de Susana, como de oveja, y luego a Susana, galopando en pies y manos, a su encuentro. Porque tales imágenes lo perturbaban bramó broncamente y se incorporó. Creyó que saldría del cuarto, sin dar tiempo a Melania para que le echara el agua hirviente, y que huiría al Club Deportivo, pero recordó el león; nuevamente bramó, ahora de un modo quejumbroso, para en seguida arrojarse a la cama, acariciar los pies, retomar el vaivén.

- Si hoy no vas a la Susana -declaró Melania- Iré yo, y le sacaré los ojos.

Muy resuelta, se demoró con el nudo del delantal.

Mientras tanto, en el Club Deportivo, asomada a la ventana de la cocina, Susana cavilaba: "El miedoso no viene. Yo iré enfrente y le diré que si no la deja en el acto y se queda conmigo, no es hombre. Le diré por fin lo que pienso: Vivir con esa mujer es una degeneración. Cuando ella abra la boca le diré que antes de dirigirme la palabra se bañe, por favor".